

MARÍA RITA PLANCARTE, ed. *Escrituras femeninas: estudios de poética y narrativa hispanoamericana*. Madrid: Pliegos, 2007

Los llamados estudios de género nos han enseñado que frases como “escrituras femeninas” no deben tomarse a la ligera y que, por lo mismo, pueden suscitar polémica. De entrada, el título del libro que me ocupa, *Escrituras femeninas: estudios de poética y narrativa hispanoamericana*, no es muy preciso en sus intenciones: ¿la escritura, como discurso, es femenina o sólo la mano que sostiene la pluma? Nada más hace falta leer las primeras líneas de la introducción de la editora, María Rita Plancarte, profesora de la Universidad de Sonora, para disipar la duda: sólo la mano que sostiene la pluma es femenina; la escritura, no necesariamente. Más allá del aspecto femenino de la firma autorial, el texto, a simple vista, no ofrece unidad temática ni metodológica. El conjunto crítico, sin embargo, deja una impresión distinta.

Si bien es verdad que la editora dice no buscar un abono más al campo de los estudios de género y que las herramientas y perspectivas empleadas para acercarse a los diferentes textos literarios son muy diversas, el hecho de que éstos hayan sido escritos por mujeres, sin resultados reduccionistas, canaliza de alguna manera la interpretación hacia espacios significativos que la crítica “tradicional” no ha atendido en su justa medida. De este modo, no tiene mayor importancia si es mediante el análisis del discurso, las figuras retóricas o la antropología cultural, la mayoría de estos trabajos dejan al desnudo aspectos que los estudios de género buscan descubrir en los textos literarios desde una de sus aristas: los espacios de representación de la mujer, sus vías de expresión alternas, su manera de concebir la realidad a través de una organización no binaria de las relaciones, etcétera.

Por otro lado, es un hecho que este volumen está integrado también por otros artículos (los menos) cuyo enfoque crítico no da cuenta

de ninguna particularidad de la escritura femenina, sino de la escritura en sí, motivo que impele a la editora a hablar de una heterogeneidad de los acercamientos. Tal vez esta división se deba a la distinta procedencia de los ensayos: una parte de ellos, dice María Rita Plancarte, es producto de un seminario titulado *Escrituras femeninas*, llevado a cabo en la Universidad de Sonora, mientras que el resto de los trabajos fueron escritos por profesores ajenos a este seminario.

Con la selección que hago de los artículos para reseñar intento, por un lado, dar cuenta de la heterogeneidad de las herramientas críticas y, al mismo tiempo, evito la repetición de obras estudiadas, como en el caso del trabajo “Memoria y palabra en *Los recuerdos del porvenir* de Elena Garro” de Christina Karageorgeu-Batea, o el tipo de acercamiento, como es el caso de “Los discursos paralelos en *Ifigenia* de Teresa de la Parra” de Alma Leticia Martínez o “La nación fragmentada. Género y raza en dos novelas de Rosario Castellanos” de Rosa María Burrola, trabajo que de alguna manera se forma en las filas del de Jesús Abad Navarro.

El primer artículo, “Voces y silencios en la novela hispanoamericana del burdel”, de Martha Elena Munguía, da cuenta del proceso y configuración de la prostituta en los campos de la literatura hispanoamericana a través de una revisión historiográfica. Para ello, Munguía hace un repaso de los supuestos que, desde el siglo diecinueve, han servido como base para la construcción de los modelos de representación de la trabajadora del burdel. Tal configuración presupone una dualidad: desde una perspectiva religiosa y burguesa, la prostituta es el símbolo del pecado sin posibilidades de redención, o bien, desde una óptica secular, se afirma como la víctima de una sociedad excluyente. Dicha dualidad, de cualquier manera, tiene como eje común la nulificación de la voz.

Martha Elena Munguía da el salto entonces a la literatura del siglo veinte y se pregunta cuántas escritoras hay detrás de las representaciones del burdel. De esta interrogante salen nombres como Laura Restrepo o Cristina Rivera Garza, artistas que han intentado derribar ese muro que separa a la prostituta victimizada de la satanizada para mostrarla en toda su dimensión: la mujer del arrabal, ya desprovista de ataduras arquetípicas, posee voz propia, in-

dividual, y tiene derecho a llorar su cuerpo maltrecho o, si desea, a sentir placer con el contacto de cuerpos anónimos.

Un viaje historiográfico ha dejado ver la transformación de la manera en que se ha asumido la prostituta. El siguiente trabajo, aunque cambia completamente de marco teórico y promueve más que nada un perspectivismo cultural, de alguna manera despeja un área nebulosa similar a la del trabajo anterior: la proclamación de espacios femeninos vírgenes, que no estén habitados por machismos deterministas.

“La dimensión cultural de la infidelidad en dos cuentos de *Cuentos del desierto* de Emma Dolujanoff”, de Jesús Abad Navarro, problematiza un fenómeno social percibido desde ángulos distintos. El comportamiento moral o inmoral de un sujeto no estará determinado sólo por éste, dice el autor, sino también por las relaciones que dicho sujeto establece tanto con los demás como con el entorno. Así, se puede hablar de que este sujeto habita en el seno de una cultura de naturaleza intersubjetiva. Ahora bien, si la cultura en cuestión entra en contacto con otra, la relación se torna intercultural; el comportamiento moral de un individuo, por tanto, se vuelve relativo dependiendo no sólo del lente con que se mire sino por las particularidades que determinan ese lente.

Con “María Galdina” y “El huellero”, Navarro pone sobre la mesa el tema de la infidelidad en el centro alrededor del cual se mueven dos culturas históricamente antagónicas en cuanto a su manera de percibir la realidad: la no indígena, como la llama él mismo, y la cultura mayo del sur de Sonora. El primer cuento ilustra el fenómeno de la infidelidad en un escenario intercultural; las dos culturas inmiscuidas, así, trazan su pensar respecto del problema y entran en una pugna que, finalmente, derivará en la transformación de las comunidades participantes. El segundo cuento aborda el tema de la infidelidad desde la perspectiva de una misma cultura. En este caso, la transformación del marco ético la permite uno de los personajes que, a pesar de pertenecer a la misma cultura donde sucede el problema, no se somete a la normatividad impuesta.

De una perspectiva etnológica pasamos al oxímoron, figura de la que echa mano María Rita Plancarte para elaborar su trabajo titu-

lado “El oxímoron como eje estructurador de *Los recuerdos del porvenir* de Elena Garro. La frase “los recuerdos del porvenir”, a un nivel literal, resulta ilógica, contradictoria, carente de sentido, debido a la relación semántica de una palabra con la otra. Es necesario, por tanto, cambiar la lente con que se lee y adoptar un código diferente que permita el hallazgo de nuevos significados en esa aparente errónea construcción sintáctica. Partiendo de esta premisa, Plancarte se propone demostrar que *Los recuerdos del porvenir* es, al menos estructuralmente, un texto que usa como base el oxímoron. Esta figura, precisamente, constituye una contradicción de significados que, en un ámbito literario, posibilita el descubrimiento de nuevos sentidos más allá de la literalidad.

Ya entrada en materia, la autora de este ensayo despliega una lista de construcciones con base en el oxímoron que, según su propuesta, no se queda en una mera revisión estilística sino que da cuenta, además, del modo en que viven, piensan y actúan los personajes de *Los recuerdos del porvenir*. A un nivel integral del texto es posible advertir dos formas de ver el mundo: la forma objetiva, realista, y la forma mágica, diferente. La aparente contradicción de estas dos cosmovisiones, se arguye, se resuelve en la novela mediante la asimilación de ambas en un contexto histórico que así lo exige: los personajes que habitan la novela duermen en un pueblo donde no transcurre el tiempo con fluidez sino con intermitencia, pues los acontecimientos vuelven a ocurrir una y otra vez. A partir de esta asimilación es como vienen las demás construcciones que ella propone: el tiempo individual y el tiempo externo, o lo ajeno y lo propio. Como se dijo antes, la tesis de la autora de este estudio es que el oxímoron, a la vez que define el delineamiento estructural de la novela, describe su propuesta ética.

Por su lado, Fortino Corral, en su estudio titulado “Voz narrativa, punto de vista y visión de mundo en *Cartucho* de Nellie Campobello”, se propone encontrar una nueva lectura partiendo de la visión de una narradora niña/mujer. Nellie Campobello es la única mujer que participa del ciclo de la novela de la revolución. Este detalle, más que una limitante, pues no sólo es la única mujer sino

que escribe sobre un acontecimiento de ambiente marcadamente machista, abre la puerta a nuevas interpretaciones.

Debido al limitado horizonte cognoscitivo de la niña narradora, Campobello, dice Corral, recurre a la voz de este personaje ya adulto que puede ver desde la distancia y llenar los vacíos. Se detecta, pues, una dualidad en el discurso: dos voces que pertenecen a un mismo personaje pero en distintos tiempos, una y otra con perspectiva ética. La ética de la voz que pertenece al personaje adulto se identifica con la ética villista de la Madre, quien, de una u otra manera, manifiesta su pensar sobre la revolución mientras la niña escucha. Así, se llega a la conclusión de que la voz de la Madre lleva la mayor carga de sentido en la novela, pues a ella se debe el punto de vista que el narrador ostenta. Una vez localizadas las tres instancias narrativas que se mezclan en el discurso, el crítico se pregunta por aquella cuarta instancia que selecciona y organiza la información del texto, el cual está dividido en tres partes. A partir de este cuestionamiento, el estudioso propone su lectura de *Cartucho*: apoyándose en la organización que él mismo propone, interpreta la distribución del texto como una clara filiación de la cosmovisión de la Madre con Pancho Villa y, con sutileza, concluye que éste funciona como una sustitución simbólica del padre en el espacio doméstico .

El trabajo anterior se vincula sutilmente con “El silencio como metáfora de la subjetividad en *Delirio* de Laura Restrepo”, pues, aunque el acercamiento de uno es totalmente ajeno al otro, al final de cuentas ambos destacan las alternativas del discurso femenino. Este estudio, específicamente, busca como propósito poner en perspectiva el concepto de habla, el cual, tradicionalmente, se ha concebido como arma de poder; como consecuencia de la afirmación anterior, el silencio deviene señal de sometimiento. Bajo estos supuestos, con *Delirio* bajo el brazo, Ángela María González Echeverry desvirtúa la relación binaria *hablar/poder* contra *no hablar/ sometimiento* para trasmutar el silencio en una vía de expresión alterna. Para destronar esta bipartición se sirve de la definición de “delirio” como un cambio en la sensibilidad y en la percepción que permite

la reconstrucción de la memoria. Ésta, así, se erige como el tercer elemento significativo.

Metaforizar el silencio como un canal de significación, no sólo en la obra de Restrepo sino además en todos aquellos textos donde los personajes callan en virtud de su estatus marginal, permitirá una nueva lectura que reinterprete el mutismo, el cual tradicionalmente se ha concebido como signo de sometimiento. Caber resaltar, como contraste, que la presentación de este estudio adolece de algunas incorrecciones que pueden obstaculizar la libre lectura.

En resumen, tal como mencioné en las primeras líneas, el conjunto de artículos, salvo algunas excepciones, apunta a espacios de los cuales la percepción tradicional ha tenido sus reservas o, las más de las veces, ha abandonado por considerarlos lugares estériles de significación. Cuestionar la dimensión punible de la infidelidad, el poder hegemónico del habla o las particularidades éticas y estéticas de un narrador femenino, en todo caso, significa un paso adelante en la manera de concebir esas verdades presuntamente inamovibles.

Es verdad, las herramientas críticas utilizadas en este volumen no revisten en sí mismas ninguna novedad, pero sí en sus resultados. Como pudo leerse líneas arriba, no hizo falta una terminología especializada en el tema para hablar de las alternativas expresivas de las entidades marginales ni feminismos gastados para poner de relieve los espacios de representación de la mujer. Planteado así, lo que en un inicio significaba un obstáculo para la organización de estos estudios constituye, más bien, su mayor acierto: la diversidad de los marcos teóricos reunidos en este libro señala, tal vez, la intención de acabar con formas constreñidas, monolíticas de acercarse a los textos literarios.

Daniel Avechuco Cabrera  
Universidad de Sonora